

CIVILIZACIÓN Y RESPETO A LA MUERTE

Dr. Armando García Querol

“...no te rías, no llores, trata de entender...” B. Spinozza

“...hay una íntima relación entre el no pensar y el mal...” E. Valiente Noailles

“...la paradoja está siempre cerca de la verdad...” R. Twycross.

“...En el Espíritu de Dios, cuidar y vivir son la misma cosa.” H. Nouwen.

a) Del sentido de nuestro encuentro.

Se trata de compartir una reflexión entre pares. Nos une humana y profesionalmente un llamado. Una vocación por dar respuesta, ante la presencia misteriosa del sufrimiento en nuestras vidas.

Desde mi condición de médico, compartiendo la experiencia vivida en la creación de un hospice que me permitió, junto a voluntarios, enfermeras y colegas, acompañar durante 8 años a más de setecientos pacientes, en su última etapa.

Así íbamos aprendiendo de nuestros pacientes, a ser parte de la trama, siendo parte de su tejido, hacia un destino inexorablemente compartido.

Es mi intención también servir a la mirada de la interdisciplina, que tanto ayudó en el camino de buscar sentido en el camino elegido.

De esto se trata de suscitar el pensamiento creativo, acerca de una realidad. Para vivir humanamente el tramo final de nuestras vidas, en las circunstancias presentes.

Es un intento por llevar a lo cotidiano, un esfuerzo por avanzar sobre los límites, siempre intentando entender.

b) Dar respuesta.

La presencia del sufrimiento nos interpela.

En el título que me fuera propuesto, la palabra respeto, tiene una raíz etimológica vinculada con el honor y el temor. En el mundo de la asistencia, equivale a prestar atención, guardar distancia, la que lo sagrado exige.

Asistir también significa, detenerse, no pasar de largo. Como respondió el buen Samaritano, quien se conmovió, pensó y actuó. Eso evocó C. Saunders recordando el pedido de su paciente, “Dra., necesito lo que está en su mente y su corazón”.

Este pedido guía el camino de la respuesta, conocimientos, habilidades y actitudes sanadoras: la presencia, que puede con el miedo. Las palabras de esperanza y las manos vencedoras del silencio, de los versos de Carriego, que evocara alguna vez en este mismo ámbito el Dr. Paco Maglio.

Dar respuesta, será entonces: llevar a cabo, a que el final sea una entrega, no un sucumbir. A que pueda ejercer esa última libertad. También será en el asistir profesional, ser un digno albacea para que esto pueda cumplirse.

El Dr. Gonzalo Herranz, nos ayuda al proponernos los pilares éticos de la Medicina Paliativa: *Respeto por la debilidad. *Conocimiento de los límites de las intervenciones diagnósticas y terapéuticas.

Es pertinente, recordar la evolución de estas actitudes en la tradición médica, la figura hipocrática estaba asociada a lo que se diera en llamar “el artesano competente”, el médico debía actuar dentro de los límites de la naturaleza, ante la presencia de la muerte el médico debía retirarse, no desafiar los designios divinos.

Aquí es importante recordar la impronta del cristianismo en esta tradición. Laín Entralgo nos enseña que cuando Cristo dice “lo que hicisteis por el más pequeño de mis hermanos, por mí lo hicisteis...”, instala un supremo mandato ético, el deber religioso de asistir amorosamente, como un reflejo del amor que Él nos tiene. Esto tiene como consecuencia, la aparición con ese espíritu de un modo distinto de vivir la asistencia, que siguió evolucionando hasta nuestros días, ser pobre y estar enfermo era ser acreedor a respeto y protección. Esto tiene raíces en el Antiguo Testamento, 800 años AC. Donde la calidad de la fe estaba íntimamente en el trato que se daba a los más vulnerables.

c) El desafío.

¿En qué consiste? ¿En qué forma se da? ¿Cómo se expresa?

En lograr que el maravilloso avance del conocimiento y el desarrollo técnico que lo acompaña, estén al servicio de la Humanización.

En lo cotidiano se da en el encuentro entre el paciente y quien lo asiste. El hecho central de la medicina. Un encuentro entre personas.

De eso se trata cuando hablamos de la ciencia y el arte de asistir, llevar el horizonte universal al particular de una persona única.

d) Respuesta y Camino.

Esta respuesta se va haciendo camino, en circunstancias que renuevan a cada paso la presencia del misterio de nuestro existir, acompañado de la paradoja y de lo inesperado.

Tomar decisiones en este marco requiere una lógica orientada por valores, ante lo inevitable, la lógica de la eficacia no tiene lugar.

El recordado Dr. Agrest, aconsejaba “una actitud docente desde los clínicos hacia los pacientes y familias, para discernir lo importante de lo superfluo”.

Así surge la necesidad de desarrollar “un perfil para cuidar”. Su fundamento reconocer, aceptar e integrar nuestra condición de “sanador herido” que enseñara C. Jung. Haber cicatrizado nuestras heridas nos habilita para ayudar a quienes asistimos.

e) Una evocación agradecida, con sentido de homenaje.

Hacia dos personas que encarnan lo que puede ayudar a entender lo dicho, en circunstancias en las que el periodismo jugó un papel muy importante.

Kevin Carter en 1994 ganó el premio Pulitzer, con una fotografía que quizás muchos recuerden. Se publicó en La Nación y Esteban Peicovich escribió, “es quizás la foto más doliente del fotoperiodismo del siglo XX. La tituló: La foto que no muere”.

Intento describirla: en 1993 Kevin cubre testimonios de una hambruna en Ruanda, la escena, una niña de unos 3 años yace postrada en colapso. Un buitre se posa unos metros detrás en actitud de espera. Kevin registra el momento, gana el premio y manifiesta que éste, su mayor éxito profesional, resulta en un dolor que no pudo superar, el arrepentimiento por no haber ayudado a la niña. Dos meses después, a los 34 años se quitó la vida.

Peicovich dice, “murió la niña, murió el buitre, murió el fotógrafo, quedamos nosotros, aunque no visibles, diluidos en los píxeles. Kevin hizo la mitad del trabajo.”

Agrego, quizás este recuerdo ayude a tomar conciencia de lo que significa la deshumanización de la cultura, que se expresa en carne viva en el mundo de la salud.

La siguiente evocación es muy distinta:

Hace poco más de un año, durante una visita familiar, me llamó la atención una noticia en primera página del New York Time. Relataba la historia de Martha, una enfermera, de 59 años, que viviendo la etapa terminal de un cáncer de páncreas, deja un mensaje en el contestador telefónico de su escuela de enfermería, donde ofrece recibir docentes y alumnos para compartir sus vivencias. La escuela acepta y durante dos meses se lleva a cabo la propuesta con resultados muy positivos. Martha fallece y la nota es publicada una semana después.

Allí se detallan datos de su biografía, una vida difícil, con algún fracaso matrimonial, que la lleva a criar a su hija sola, trabajando en una fábrica. Recibiéndose a los 40 años de enfermera profesional.

Con este gesto logra humanizar la asistencia, a través de la oportunidad que brinda a colegas y alumnos. A las instituciones de salud a través de su querida escuela, y gracias a que alguien del The New York Time se detiene, no pasa de largo, logró despertar la admiración mundial, humanizando la cultura.

He aquí lo que alguna vez enseñara la Dra. Kubler Ross, esta etapa puede ser el escenario del último crecimiento de una persona.

Permítanme pedir ayudar a un poeta R. Juarroz, para transmitirles algo que no soy capaz de poner en palabras:

La muerte es otro hilo de la trama

Hay momentos que podría penetrar en nosotros

Con la misma naturalidad que el hilo de la vida

O el hilo del amor

El tejido se completaría entonces, casi tiernamente,

Casi como si nosotros mismos lo tejiéramos,

Hay momentos en que el hilo de la muerte

No deshace el tejido.